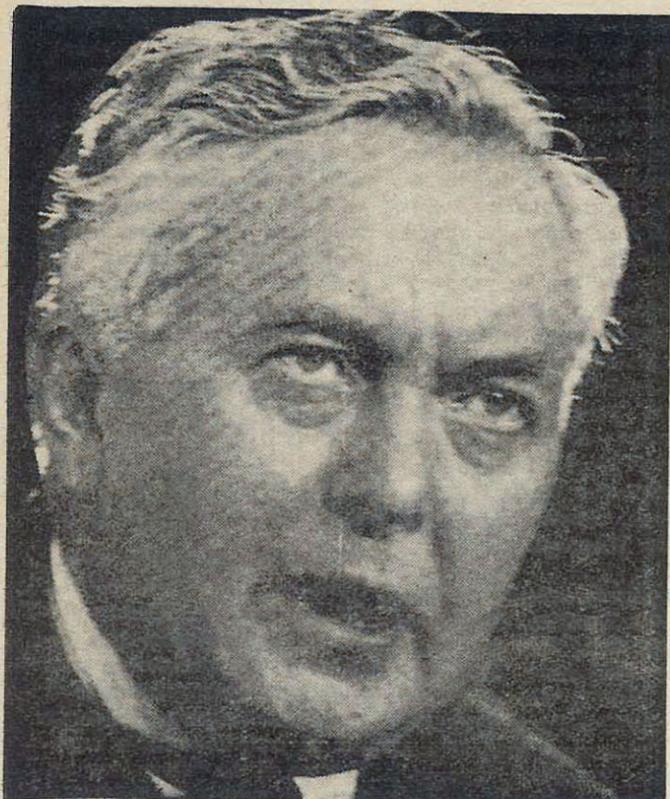


LA VERDAD SOBRE EL DIALOGO

por Ignacio MARTIN

Exclusivo para
EL OBSERVADOR



La reciente Encíclica de S. S. Pablo VI "Ecclesiam Suam" ha tenido una acogida muy diversa. Mientras para unos ha sido un documento sólido y sereno, revelador de un realismo clarividente, para otros —tal vez los más— no ha pasado de ser un documento en cierto modo circunstancial, algo así como para salir del paso. No somos los llamados a hacer una exégesis del documento pontificio, ni tampoco a comentarlo. Pretendemos, sencillamente, borrar ciertas ideas un tanto ingenuas —muy en boga, hoy día.

En realidad, es muy fácil y muy bonito hablar de "diálogo", de "aggiornamento", pero muy difícil reconocer que el diálogo exige una disposición y unas condiciones especiales, y que la puesta al día ha de comenzar por uno mismo. Tal vez sea esta la causa de que la Encíclica de Pablo VI haya sido acogida con cierta frialdad. Examinemos, brevemente, la postura del Papa.

En primer lugar, Pablo VI no ignora —como muchos ingenuamente pudieron creer— la gravedad de los problemas que se le plantean hoy día a la humanidad. Es consciente de que la "Encíclica no contempla el estudio de temas urgentes y graves que interesan no sólo a la Iglesia sino a la humanidad" Por qué? Se nos ocurre, en primer lugar, la actualidad del Concilio. Mientras la Iglesia Universal, reunida en Concilio, de libera sobre todos estos problemas, el Papa prefiere dejar libre el camino para una discusión sincera y abierta. Pero se nos ocurre que hay todavía una razón de más importancia. Ciertamente, la Iglesia se ha de enfrentar con la gran problemática que se cierne sobre

el mundo actual. Pero la Iglesia sólo podrá encararse con estos problemas cuando se haya fortalecido en su estructura interna, cuando su espíritu se haya renovado una vez más con la savia siempre viva que corre por el Cuerpo de Cristo. Hay que asegurarse de que se pisa firme antes de dar un paso. De ahí, la clara estructura del documento pontificio: primero, la conciencia que la Iglesia ha de tener de sí misma, segundo la renovación interna de la Iglesia y sólo en tercer lugar, una vez logrados estos dos primeros pasos, el diálogo con el mundo moderno.

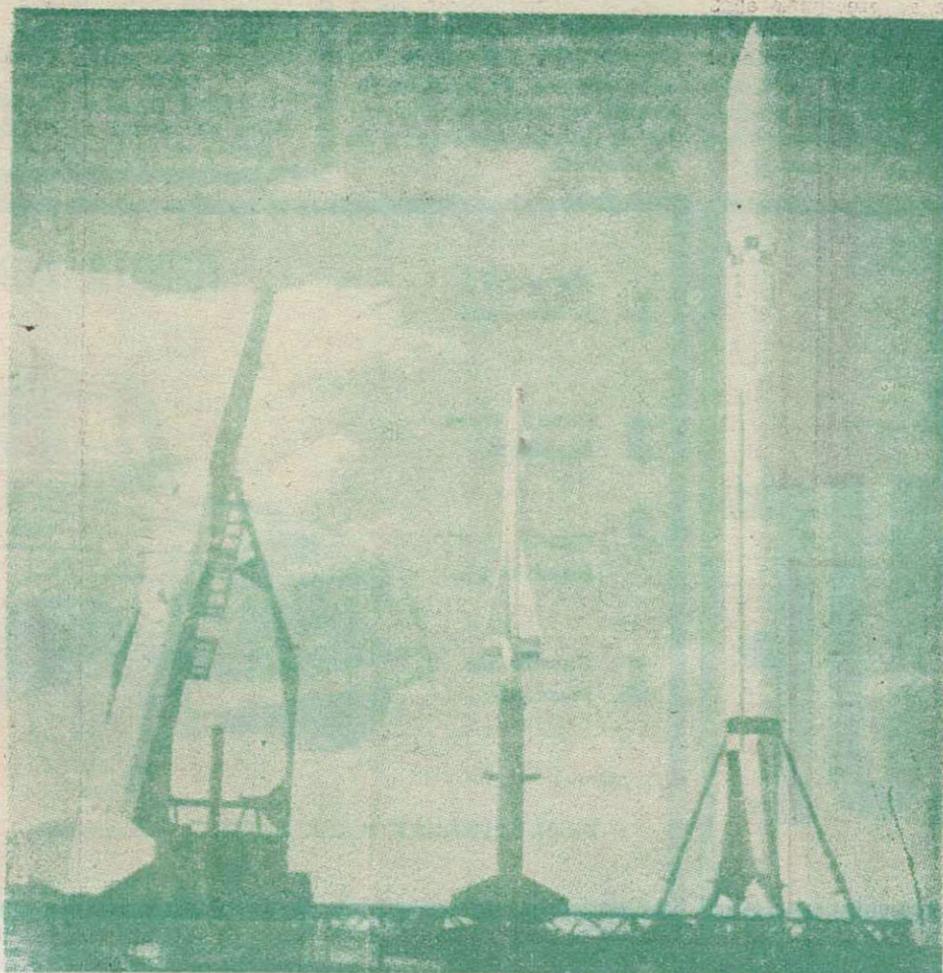
La revista "Time", en un comentario agudo, calificaba a la Encíclica de documento ambivalente, en el que sobresalía una marcada tendencia a los "peros", como si el Papa no pudiera dar un paso adelante sin dar otro atrás. Ciertamente, lector, estudiante en el Unión Theological Seminary protestante de Nueva York, escribió esta carta como comentario al artículo de "Time": "La primera encíclica del Papa Pablo VI ha sido esperada con una expectativa ansiosa y llena de esperanzas, no sólo por los católicos, sino por millones de no católicos que se han regocijado de la manifiesta liberación

y revivificación del catolicismo universal durante la "era Juánica". No serviría para nada ocultar el hecho de que el documento, aparecido tras largo tiempo, suscita en los no católicos el desaliento y, sin duda alguna, una honda e indecible desilusión en los católicos "progresistas". En vano se busca una sola declaración nueva, progresiva. Incluso el ofrecimiento del Papa para "intervenir" en las disputas entre los pueblos con tendientes no es nueva; algunas de las más oscuras páginas de la historia occidental están teñidas con las intervenciones papales. Su crítica de la Encíclica es muy

aguda y exacta —una serie de ambivalencias dominadas por la palabra "pero". PERO en cada ambivalencia, la alternativa final y decisiva es negativa, cauta, conservadora, reaccionaria en el sentido literal y, sobre todo, autoritaria."

Queremos pensar que en este enfoque de la Encíclica hay latente una manifestación de interés por todo lo que concierne al verdadero ecumenismo, a la unión de los cristianos, que hay una verdadera ansia de acercamiento e integración. Todo eso es de apreciar y muestra a las claras que el mundo tiene fijos sus ojos en la Iglesia católica. Sin embargo, nos parece que junto a este interés hay una cierta ignorancia. Ignorancia acerca del ecumenismo, acerca del "aggiornamento", acerca del diálogo. Decir que la Encíclica suscita en los no católicos el desaliento es suponer que los no católicos —todos— no han comprendido la finalidad del documento pontificio. Lo cual es, tal vez, mucho suponer. Más aún, suponer que la Encíclica ha producido en los católicos que el comentarista llama "progresistas" una honda e indecible desilusión es ignorar en qué consiste el verdadero progreso, e ignorar los sentimientos del auténtico católico.

Porque, ¿a qué se debe la afirmación de que en la nueva Encíclica no hay una sola declaración progresiva? ¿No se deberá a que ignora en qué consiste el verdadero? Es muy de temer que el maravilloso impulso dado por S. S. Juan XXIII a la Iglesia católica no haya sido comprendido en toda su hondura. Evidentemente, la Iglesia se ha de abrir al mundo, al diálogo con todos. Pero es ingenuo pensar que esta apertura consiste en una claudicación y el diálogo



—Pasa a la Pág. 10.—

La Verdad Sobre el Diálogo...

—Viene de la Pág. 8—

en una continua concesión. Tal vez hay que reformar ciertos puntos, o cambiar ciertas formas. En eso estamos todos y, principalmente, en eso está el Concilio. Pero creer que la auténtica renovación de la Iglesia va a venir como consecuencia de un cambio meramente exterior de formar, o con la abolición de ciertos organismos es tener una visión demasiado superficial de la realidad de la Iglesia. No sé por qué se me vienen a la mente las palabras del General De Gaulle: "Francia no será Francia sin su grandeza." Podemos afirmar lo mismo de la Iglesia, "mutatis mutandis": "La Iglesia no será la Iglesia sin una fidelidad a su verdadero espíritu". Y su verdad está en la herencia que le legó Cristo. Sólo con una fidelidad insobornable a las enseñanzas de Cristo la Iglesia será auténtica, sólo así la Iglesia se sentirá renovada y rejuvenecida frente al mundo de nuestros días, sólo así la Iglesia podrá encararse en un diálogo verdaderamente fructífero con los hermanos separados y los hombres de buena voluntad. Y ¿qué es lo que hace Pablo VI en su Encíclica, sino tratar de conducir a la Iglesia por este camino —el único en el cual se puede dar el encuentro con el mundo moderno? La culminación de la Encíclica papal es un estudio del diálogo, pero el diálogo —son palabras del mismo Pablo VI— exige en nosotros un conocimiento de los motivos que nos mueven a él, de los métodos que hemos de seguir en el diálogo, de los fines que debemos alcanzar, dialoga. Lo contrario no con-

duciría a nada.

El diálogo verdadero —como lo expone bellamente Pablo VI— reúne las siguientes características: 1.—La CLARIDAD: "El diálogo supone y exige la inteligibilidad, es un intercambio de pensamiento." 2.—La AFABILIDAD: "El diálogo no es orgulloso, no es hiriente, no es ofensiva Su autoridad es intrínseca por la verdad que expone, por la caridad que difunde, por el ejemplo que propone; no es un mandato ni una imposición. Es pacífico, evita los modos violentos, es paciente, es generoso." 3.—La CONFIANZA, "tanto en el valor de la propia palabra como en la disposición para acogerla por parte del interlocutor; promueve la familiaridad y la amistad". 4.—La PRUDENCIA pedagógica "que tiene muy en cuenta las condiciones psicológicas y morales del que oye".

Podríamos resumir diciendo que no habrá verdadero diálogo sin sinceridad y sin verdad. Ahora bien, esto supone que la Iglesia se hace consciente de su verdad y que la expone con absoluta nitidez al mundo. Esa es la condición de todo verdadero diálogo. Lo contrario sería cierta especie de política rastroera, que es lo más ajeno al espíritu evangélico.

El Papa exhorta a la conciencia eclesial, a la renovación del espíritu interior, a la verdadera transformación por medio de una rejuvene-

cida adhesión al espíritu y doctrina de Cristo —todo esto como condición indispensable para un verdadero diálogo, que nadie desea más que el Papa. Visto esto, ¿nos atreveremos a tildar a la Encíclica "Ecclesiam suam" de retrógrada, de reaccionaria? ¿No es precisamente un ansia de verdad, de sinceridad —de diálogo— lo que postula una renovación interior? ¿Tacharemos de conservadora, en sentido despectivo, a la postura que exige una renovación, no meramente exterior, sino incluso interior, una renovación al que quiere comenzar por sí mismo? No olvidemos que las formas sólo valen en cuanto manifiestan un contenido. Pablo VI se dirige a lo hondo de la renovación —un "aggiornamento" que consiste no tanto en un cambio superficial de formas, cuanto en un rejuvenecimiento del espíritu interior. Todo cristiano, en última instancia, busca la más genuina fidelidad a Cristo a sus enseñanzas. Y, ¿caso pide otra cosa Pablo VI?

No seamos ingenuos. Sepamos en qué está la verdadera renovación, en qué consiste el verdadero diálogo. Lo contrario es una postura superficial, si se quiere llamativa, pero, a la larga, inútil. Sólo la verdad nos ha de llevar a la unión. Y la verdad no nace de las apariencias —que pueden ser falsas— sino de un auténtico espíritu interior. Ni más, ni menos, la orientación marcada por Pablo VI.

IGNACIO MARTIN